

## CONTRA PEREZA, DILIGENCIA

Esta era una viejecita que se llamaba doña Quirina y que, cuando yo era niño, vivía cerca de mi casa. Habitaba un cuartito que, por lo limpio, parecía una tacita de porcelana. Y en este cuarto, lo que sobre todo atraía mis miradas infantiles era una herradura de hierro.

Doña Quirina era supersticiosa.

Creía que en cada casa donde se conserva con veneración una herradura mular o caballar no penetra la pestilencia, ni falta pan, ni entra la desventura.

¿En qué fundaba la viejecita las virtudes que atribuía a la herradura?

Yo te lo voy a contar, hijo mío, tal como doña Quirina me lo contó.

Pues has de saber, hijito, que cuando Nuestro Señor Jesucristo vivía en este mundo pecador, desenmascarando a picaros e hipócritas, haciendo milagros y andando en compañía de San Pedro, tropezó en su camino con una herradura mohosa. Volviéndose al apóstol, que marchaba detrás del divino maestro, le dijo:

-Perico, recoge eso y échalo al morral.

San Pedro se hizo el sueco, murmurando:

"¡Pues, hombre, vaya una idea! ¡Agacharme yo por un pedazo de hierro viejo!"

El Señor, que leía en el pensamiento de los humanos, como en libro abierto, leyó esto en el espíritu de su apóstol y en vez de repetir la orden prefirió inclinarse él mismo a recoger la herradura y guardarla entre la manga.

En esto llegaron los dos viajeros a una aldea, y, al pasar por la tienda de un herrador, dijo Cristo:

- Hermano, ¿quieres comprarme esta herradura?

El herrador la miró, la golpeó con la uña y, convencido de que con un poco de trabajo la pieza quedaría como nueva, contestó:

- Doy por ella dos centavos.

- Venga el cobre - contestó el Señor.

Pagó el herrador, y los peregrinos prosiguieron su marcha.

Al extremo de la aldea encontraron a un chiquillo con un cesto en la mano y que gritaba:

- ¡Cerezas! ¡A centavo la docena!

- Dame dos docenas -dijo Cristo.

Y los dos centavos, precio de la herradura, pasaron a manos del muchacho y las veinticuatro



cerezas se las guardo el Señor entre la manga.

Hacía entonces un calor de infierno y San Pedro, que caminaba siempre tras el Maestro, iba resoplando, y habría dado el oro y el moro por un poco de agua.

El Señor, de rato en rato, metía la mano en la manga y llevaba a la boca una cereza y, como quien no quiere la cosa, al descuido y con cuidado, dejaba caer otra que San Pedro se agachaba a recoger, comiéndosela en el acto.

Después de haber comido el apóstol hasta media docena de cerezas, se sonrió el Señor y le dijo:

- Ya lo ves, Pedro; por no haberte agachado una vez, has tenido que hacerlo seis veces. Contra pereza, diligencia.

Y desde entonces una herradura en casa trae felicidad.

(peruano)

**Ricardo**

**Palma**

**ACTIVIDADES**

Este texto es una tradición. Tradición es una forma de contar una anécdota o situación, que fue inventada por el gran escritor Ricardo Palma. En este caso nos da a conocer cómo surgió la superstición de cómo la herradura da buena suerte.

**ANÁLISIS DE IMAGEN**

1. Escribe lo que más te ha llamado la atención de la lectura.

---

---

---

---

---

---

**PARA RECORDAR**

2. La viejecita tenía la creencia de que en la casa donde había una herradura reinaba la felicidad y no se conocía hambre.

Cuenta una creencia parecida. Consulta con tus padres y amigos.

---

---

---

---

---

---

3. Según la lectura, la misión de Cristo en este mundo fue desenmascarar hipócritas y pícaros.

¿Consideras que actualmente todavía existe esa clase de personas? ¿Por qué?

---

---

---

---

---

---

4. Imagina lo que llevaba San Pedro en su morral.

---

---

---

---

5. ¿Por qué crees que la viejecita vivía sola?

---

---

---

---

---

**BUSCA LA UTILIDAD DEL CUENTO**

6. Escribe las cosas nuevas que has aprendido leyendo la tradición “Contra pereza, diligencia”.

---

---

---

---

---

7. ¿Cómo era el cuarto que habitaba la viejecita?

---

---

---

---

---



## Geografía y Paisaje

### SANGAMA

¡Brann! ... Cayó del techo a mis pies, una serpiente, que rápidamente se irguió en actitud amenazadora. Vi sus chispeantes ojillos malignos y su lengua fina sin moverse, en todas direcciones. Estaría, quien sabe, cazando ratones en el techo de la casita abandonada, en cuyo emponado hallábame tendido negligentemente, procurando dar descanso a mis miembros doloridos y ponerme a cubierto de los rayos del sol.

Un escalofrío de terror recorrió mi cuerpo. Esperaba de un momento a otro la mortal picadura si la serpiente notaba el más leve movimiento de mi parte. El instinto me hizo quedar absolutamente quieto. Esa cabecita en forma de diamante, levantada con insolente fiereza, fijó en mí las dos gotas de sangre de sus ojos con marcada desconfianza; pero al cabo de un momento, que me pareció interminable, se posó en el suelo quedando al parecer tranquila. Sentí gran alivio, pues pensé que estaría alejándose, mas mi angustia se hizo mortal cuando percibí su contacto frío en uno de los tobillos. Lo peor fue que confundiendo la abertura interior de mi pantalón con un hueco en que pudiera guarecerse, principió a deslizarse reptando por mi pierna. Pronto me llegó al muslo, y siguió avanzando..., forzó hasta mi cintura y, luego, incómoda por la presión de la tela, retrocedió hasta el lugar que encontró conveniente, donde se revolvió, ora con suavidad, ora frenética, tratando de hacerse al espacio.

Posiblemente, muy pocas veces un hombre se ha visto en trance tan desesperado. Ese día, de seguro envejecí diez años. No sé cuanto tiempo duró esa angustia, agravada ante la certidumbre de que nada ni nadie podría auxiliarme.

En rato oía distante el ruido de remos que pasaba por el río; pero ¿quién habría de detenerse a visitar esa choza abandonada?

¡Y esa víbora que se había metido dentro de mis pantalones, confundiéndolos con un madero hueco, no tenía cuándo aquietarse! Al menor movimiento que yo hiciera, me clavaría los colmillos inyectándome todo su veneno. Su inquietud me decía muy a las claras que la incomodidad la iba irritando cada vez más. Todo mi cuerpo temblaba interiormente a impulsos del vibrátil estremecimiento del reptil.

-¡Joven, su canoa, mal amarrada, estuvo bajándose con la corriente!

Aquel que, por extraño designio del destino, venía en mi ayuda con tanta oportunidad, hablaba desde la orilla del río. Como no le contestaba se aproximó y levantó la voz:

-¡Joven! ... ¿Se ha quedado dormido?

Oí el ruido de sus pasos que penetraban a la casucha, y apareció ante mí un hombre que se detuvo a mirarme asombrado. Mis ojos debieron impresionarle por la indescriptible expresión de terror y esperanza que reflejaban. Afortunadamente, el movimiento de mis pantalones le reveló mi tragedia.

-¡Estése quieto! –me dijo con acento imperioso.

Seguidamente, prendió un enorme cigarro y comenzó a envolverme en densas bocanadas de humo. La víbora se tranquilizó y, poco a poco, fue extendiéndose hasta quedar casi exánime.

Y el hombre continuó la fumigación con más fuerza, hablando duro durante los intervalos en que la boca quedaba desocupada del humo que expedía.

-No tardará en quedarse muerta. Esta es la cosa mas rara e inexplicable que puede acontecer en la selva. Sin duda, se trata de una víbora enloquecida. No; debe ser viejísima y ciega por la edad. ¡Confundir los pantalones de un hombre con un tronco hueco!... ¡Inexplicable! Un momento más, quedará Ud. Libre. Todavía le palpita la cola.

De repente dio un fuerte tirón. La víbora, sacada de golpe, fue a revolcarse a cierta distancia, con la boca blanquecina mordiendo en el vacío.

¡Ya era tiempo! Cuando me levanté empapado en sudor frío, la cabeza me dolía terriblemente y todos los objetos, que bailaban frenéticos ante mí, tenían un pronunciado matiz rojizo. Ahí estaba la víbora revolviéndose en el emponado. Y el hombre, provisto de un palo, la remató de un certero golpe en la cabeza, mientras decía lamentándose:

-Hubiera sido más fácil vencerla con la música, pues no hay cosa que guste más a estos bichos. Nada habría sido más sencillo que sacarla llamándola con las notas de una quena.

-Ha llegado Ud. a tiempo para salvarme la vida -le dije agradecido.

-La víbora tiene el color cenizo de la vejez y hasta podría asegurar que era miope – continuó calmadamente como si no hubiera escuchado mis palabras-. Milagrosamente ha vivido hasta ahora sin ser cazada por un gavilán. ¡Es un jergón! Verdaderamente ha vuelto Ud. a nacer.

-Me llamo Barcas... Abel Barcas –volví a interrumpirle. Recién en ese momento se dio cuenta el hombre de que le estaba hablando.

-Mucho gusto, joven –me contestó-. Mi nombre es... las gentes de por acá me llaman Sangama. Pero, y esto téngalo muy presente, en la selva nada vale el nombre.

Alto, musculoso, el hombre revelaba virilidad hercúlea. El semblante aguileño, de grandes pupilas oscuras, y la palabra, sentenciosa y persuasiva, denotaban al profeta o al iluminado.

**Autor:**

**Arturo Hernández (peruano)**



**ACTIVIDADES**

*El texto es un fragmento de la novela “Sangama” de Arturo Hernández. Narra como Sangama salvó la vida a un hombre.*

**LEER PARA COMUNICAR**

1. ¿Qué pasaje del cuento te ha producido suspenso y emoción?

---

2. ¿Qué es lo que más te llama la atención del personaje principal llamado Sangama?

---

---

---

---

---

**PARTICIPA DE LA AVENTURA**

3. Imagina la cara que puso el hombre cuando la mortal víbora penetró en su pantalón.

---

---

---

4. ¿Qué hubieras hecho tú si te encontraras en la situación del personaje principal?

---

---

---



5. Imagina, ¿por qué le gusta la música al jergón?

---

---

---

---

**BUSQUEMOS UNA UTILIDAD**

6. Vamos a nombrar dos palabras que tiene relación entre sí y luego tú continúas. Ejemplo:  
pájaro - árbol.

a) Río:

---

b) Cigarro:

---

c) Selva:

---

d) Víbora:

---

7. Queremos que desarrolles tu creatividad. Escribe lo que imaginas con cada una de las siguientes letras. Ejemplo:

Selva cubierta de árboles y plantas misteriosas.

A

---

N

---

G

---

A

---

M

---

A

---

